

HACIA UN PACTO DEM

LOS partidos de la oposición democrática están teniendo dos niveles de actuación. Uno de ellos es el de miembros de una oposición coordinada, que tiende a actuar con unidad de criterios; el otro, como tales partidos que tratan de crearse ya un puesto en una posible España democrática. Nada habría que objetar a esta doble actuación si no produjera a veces actitudes contradictorias. Ni siquiera en los frentes populares de España y Francia en los años treinta, cuando la amenaza que pesaba sobre los partidos de izquierda y de la derecha moderada era la de su aniquilamiento y la muerte de sus militantes, como después se vería, se pudo evitar esta desunión. En teoría, un pacto entre partidos es una dejación provisional de ideologías y de programas para subrayar lo que hay de común entre todos y para llevar a cabo una acción frente a otra de gran envergadura. Nada impide que en el seno de un partido, de cada partido, y entre los militantes, se continúe cultivando y estudiando el nivel ideológico y todas las posibilidades posteriores de acción.

En la práctica es todo distinto. La misma guerra civil española fue el ejemplo negativo de cómo los partidos políticos que se amparaban bajo el denominador común de la República y que se enfrentaban nada menos que a una situación de guerra se oponían entre sí, a veces se mataban entre sí y desgarraban el campo en que debían defenderse de una manera común. Sería excesivo acusar a esa circunstancia de la pérdida de la guerra por la República, pero no cabe duda de que fue uno de sus factores primordiales.

Las coaliciones, para la izquierda, presentan un peligro que hemos comentado ya más de una vez: siendo la izquierda —en general— una investigación continua y abierta del estado de cosas públicas, no puede someterse a unas normas de unidad a todo precio que eviten la pluralidad de pensamientos. Es la pluralidad la que le da su fuerza y su atractivo. Las coaliciones tienden a esquematizar las formas de pensamiento y de investigación política y social, y coaccionan de alguna manera el espíritu de libertad mental que cada uno de los partidos de la línea democrática precognizan.

En la situación actual, que está absolutamente enrarecida por la mezcla de tensiones del presente, busca del futuro y enorme peso del pasado, las maneras de actuación tienden a disgregarse, y es precisamente el momento en que se necesita una mayor unidad. En estos últimos tiempos estamos viendo cómo algunos partidos políticos de la

oposición democrática refuerzan su reflejo de partido, su busca de militantes, sus golpes de efecto, su personalidad, en detrimento de una acción común. Nos imaginamos lo que puede suceder en el momento en que se abra un juego electoral y estos partidos se lancen a la lucha por la obtención de escaños, de diputados o de senadores: sus enfrentamientos mutuos pueden destrozar la imagen de frente democrático que todavía, aun a duras penas, está dando la oposición. Hasta ahora los acuerdos unitarios se han conseguido con numerosos trabajos, a fuerza de horas y jornadas de discusiones, por medio de compromisos. Los documentos unitarios publicados han sido bastante útiles: si no han formulado programas conjuntos —del carácter del que puede ofrecer la unión francesa de la izquierda—, sí han estipulado condiciones mínimas para la instauración de la democracia. Pero cada uno de estos documentos ha costado un tiempo del que la oposición carece ya, y que se le ha hecho enormemente escaso después del referéndum. Esta cuestión del "tempo" político es muy delicada y muy difícil. Durante el Gobierno de Franco, el tiempo jugaba a favor del poder: retrasar, inmovilizar, contener, era un arma política de gran valor. La misma lucha contra la muerte de Franco, para retrasarla y esperar algo milagroso, era —aparte de sus comprensibles explicaciones humanas, familiares y sentimentales— un símbolo de un estilo al que nunca se podrá aplicar mejor el término conservador.

A su muerte, el "tempo" cambió de bando. Fue el primer Gobierno de tránsito el que tenía ya la urgencia. No lo supo comprender así, heredero no solamente de un régimen, sino también de un estilo. Su presidente y sus ministros creían posible conservar, sostener. Lo anunciaban en sus declaraciones oficiales y personales: no habría que apresurarse, decían, no hay que correr... Se les fue el tiempo de entre las manos y perdieron el Gobierno precisamente por su inmovilidad. Ese plazo jugó en favor de la oposición. Tanto por el reflejo de impaciencia del pueblo español, que veía al Gobierno desconectado de la realidad, como porque produjo la espera necesaria para que los partidos se fueran reorganizando, saliendo de la clandestinidad o del exilio, o formándose de nueva planta. Dio origen a la Coordinación Democrática, que fue uno de los grandes hechos históricos del periodo.

El Gobierno de Adolfo Suárez cambió otra vez el ritmo. Había comprendido la lección de lo que le había sucedido a Arias. Tras unos primeros retrasos, unas vacilaciones, un

OCRATICO

tiempo para tomar tierra, el señor Suárez comenzó a apresurarse. Ahora va adelantando con una velocidad que se acelera a sí misma. Adelantando en su propio programa, no en la calidad o la profundidad de ese programa: estamos refiriéndonos al tiempo, no al progreso en un procedimiento político de fondo. Mientras, la oposición se retrasa. La oposición democrática tiene ante sí un "puzzle" de partidos y grupos políticos de toda índole, muchos de ellos escindidos de los otros, generalmente opuestos entre sí, unas veces por puros motivos ideológicos y otras por razones de concurrencia o de enfrentamientos personales, cuando no históricos. Es curioso que todavía actúen, cuarenta años después, problemas históricos anteriores a la guerra y agudizados con ella, que en muchos casos se han mantenido durante el tiempo del exilio y de la clandestinidad. Tan curioso como desalentador. Al mismo tiempo que estas diferencias, aparecen los hechos nacionales de un estado pluralista como es en realidad el nuestro; y en cada una de esas nacionalidades se reproducen, inevitablemente, las disidencias entre partidos, los encuentros entre ideologías.

Cuanto más próximo esté el momento electoral, cuanto más cerca se encuentre el llamado período constituyente, más riesgo tiene la oposición de desmenuzarse. Está claro que, por principio, toda oposición democrática debe tender al pluralismo y a la franqueza máxima en su expresión. Lo contrario sería su desnaturalización. Pero la democracia consiste precisamente en una fórmula política por la cual se enfoca toda esa pluralidad hacia una forma de Gobierno representativo, o alternativo. Dentro de la misma oposición debe jugar totalmente la fórmula democrática.

Cada uno de los partidos políticos sabe ahora que la Ley de Reforma aprobada por las Cortes y por el referéndum, sin ignorar la verdadera naturaleza de las Cortes y la impureza activa del referéndum, no puede permitir en sus condiciones actuales un juego democrático abierto. Sabe también que es muy dudoso que el nuevo parlamento que se forme tenga el carácter constituyente al que se alude desde el poder. Primero, porque no está en la vocación del poder, que pretende y repite continuamente que no es más que eso lo que pretende, una "reforma": una Constitución nunca es una reforma, sino una forma enteramente nueva de gobernar un país (otra cosa son las "reformas constitucionales"). No puede considerarse como válida una supuesta Constitución que se haga a partir de una ley electoral que no esté definitivamente clara y tenga toda la pureza —posible—

dentro de la democracia: ni pueden considerarse como constituyentes unas Cortes divididas en dos Cámaras elegidas por sistemas totalmente distintos: las Cortes Constituyentes son una unidad que se reúne en Asamblea y decide en nombre del pueblo, no un regateo entre los diferentes grupos del poder.

Que de todo ello salgan efectos positivos para España y su futuro es algo que no se ha de negar "a priori". La misma comparación de la situación en que nos encontramos con la de hace un año, la de hace dos años, ofrece un saldo positivo. Pero los partidos políticos, los hombres de la oposición, no ignoran —y lo demuestran continuamente— cuál es la falsedad de la situación. No pueden, no deben, por lo tanto, iniciar ya una situación de acomodo para esas elecciones generales y para esas supuestas cámaras constituyentes sobre la base de la independencia de sus partidos. Deben mantener el reflejo unitario que tuvieron, que se va desmenuzando y que puede enfermar a la oposición, sobre todo después de un referéndum al que no supieron enfrentarse por falta de imaginación, y por falta también de abandono de posiciones partidistas.

Lo que se trata de mantener ahora es un gran pacto democrático. Una unidad de acción que combata activamente todas las impurezas en el paso hacia la democracia, y que fuerce a los poderes a adoptar el juego limpio que es necesario.

Es ese pacto democrático, y en tanto que tal, el que debe forzar la negociación con el presidente Suárez. No debe olvidar la oposición cuál es su verdadera fuerza: no debe olvidar que su presencia ha influido especialmente en la democratización del país, y que precisamente si el "tempo" anterior se ha roto ha sido por la presión activa de la oposición democrática. El pueblo español, al que se dice soberano continuamente, demuestra cada día, y no sólo por las vías del referéndum, su voluntad y su intención democráticas. Contempla con un poco de asombro un juego de partidos al que no está acostumbrado. No es todavía un pueblo de militantes de uno u otro partido —ya lo será—, sino un pueblo que espera de todos ellos que le allanen la vía y que puedan canalizar unos impulsos que están perfectamente claros. Ya habría tiempo para ganar militantes y votos. Lo que se necesita ahora con urgencia, y no a base de interminables negociaciones, es la oferta de una coherencia en la lucha por la democracia. Para que no pueda ser falseada. ■